

Los años del riesgo total

Pedro Juan Gutiérrez

En este cuento hay candela. El protagonista, un escritor llamado Pedro Juan, dibuja estampas de su vida cotidiana en La Habana de hoy; al mismo tiempo evoca, con una mezcla de alivio, nostalgia e ironía la Cuba de “Los años del riesgo total”, el periodo que sobrevino al fin de la Unión Soviética.

1

Al mediodía yo estaba tranquilo en casa. Había silencio y me leía *Diario de la CIA*, de Philip Agee. Hace años que intento escribir una novela de espionaje. Lo tengo todo. Personajes, situaciones, argumento. El comienzo, el final. Todo. Sólo necesito... no sé. No sé qué más necesito. Creo que el problema es que en el fondo no me apetece escribir una novela entretenida de espionaje. Me parece inútil. Puede ser divertido o absurdo. En fin. No sé. Le doy largas. Mientras tanto, leo este tipo de libros a ver si entro en situación. En eso me llamó Patxi, un amigo vasco. Viene cada dos o tres años. A buscar sexo barato. En Bilbao la pasa mal con el tema sexo. Es decir, cero sexo. Nada. Aquí siempre consigue jinetas fácilmente y por poco dinero, porque además de gordito y feíto es un poco tacaño. No un poco. Bastante tacaño. Lleva una semana en La Habana y está frustrado:

—Pedro Juan, ¿qué tal?

—¡Ah, Patxi! Yo bien. ¿Y tú? ¿Cómo va el safari?

—Nada, macho, nada. Se acabaron las jinetas en La Habana.

—No jodas, acere.

—Ahora son putas. Se acabó el romanticismo. Andan con un cronómetro. Y cobran carísimo. Ya no tiene gracia. He follao poquísimo.

—Bueno, bastante tiempo estuvieron de pobres. Desde que empezaron en 1990 hasta ahora son... veinte y siete años.

—Sí, pero ya se ve que hay más dinero, las relaciones con Estados Unidos. Todo eso.

—Sí, hay un poco más de dinero en la calle.

—Es que antes estaba muy bien. Yo traía unas braguitas para regalarles. Hablaban con uno. Se pasaban la noche, no escatimaban el tiempo. Al otro día las invitabas a desayunar. Te lo agradecían. Era más romántico. Te llevaban a su casa para que conocieras a los padres. Eso era bonito. Y hasta te enamorabas, te casabas con una y, joder, te la llevabas a Bilbao. Era hermoso, Pedro Juan.

—No sé qué decirte. La cabrona mentalidad colonialista, Patxi. Aprovecharse de una infeliz.

—¡No, no! No seas pesao. De infelices nada. No te pongas dogmático y comunista.

—No me pongo comunista, pero eso de venir con unas braguitas de un euro, compradas en un chino, para engatusar a una mulatica inocente y aprovecharse...

—¡Pero era bonito! Era romántico. Y no son inocentes. De inocentes nada. Ellas también se aprovechaban de mí. Tú no lo entiendes porque vas de sobrao por la vida. Las mujeres siempre atrás de ti y tú de chulito. No puedes entender a los que no tenemos



La Habana

tanta suerte, ¿qué hacemos? El dinero siempre está ahí, porque aunque te cases, la mujer necesita dinero, pero no sé, no sé. No me quieres entender.

Somos buenos amigos hace muchos años. Pienso que los seres humanos olvidamos rápido. Hace años se enamoró de una jinetera. Era una negra muy bonita, diez años más joven que él. Fue todo muy complicado porque ella cayó presa por jinetear. Él se enamoró tanto que decidió hacer todo lo posible por sacarla de la cárcel para casarse. Le llevó dos años, pero lo logró. Se casaron. Se la llevó a Bilbao. Tuvieron una hija y comenzó una larga cadena de sufrimientos y desencuentros de todo tipo. Eran muy diferentes. Dos modos muy distintos de ver la vida y de actuar. Finalmente —tras muchos años agónicos en los que yo le servía continua y pacientemente de terapeuta— lograron separarse de un modo definitivo. Ella sigue en Bilbao, con otro hombre. Y Patxi no ha logrado encontrar otra pareja. Todas las mujeres de su ciudad le parecen “muy duras”. Ahora me dice que siente nostalgia. Me insinúa que si se encuentra con una jinetera que le guste volvería a repetir todo. Me echo a reír:

—¡No jodas, Patxi! ¿Te volverías a casar con una jinetera?

—Pues... eh... creo que sí. Son seres humanos, ¿no?

—Está bien, está bien. Yo no digo nada. Sólo que el hombre es el único animal que choca dos veces con la misma piedra.

—Bueno, hay que ser optimista. Hoy estás plomizo. Me vas a deprimir.

Y se echa a reír. Es un tipo divertido después de todo. Al parecer no le hacen mella los largos tiempos de abstinencia que sufre. Le gusta pagar a las muje-

res. Me lo ha dicho unas cuantas veces. Le excita eso de pagar. No creo que encuentre jamás una pareja estable. Hablamos de algún otro tema. Y nos despedimos. Ya regresa mañana a Bilbao.

Sigo leyendo el libro de Philip Agee. Espero a que se produzca el vacío. He leído tanto sobre el tema, llevo al menos diez años leyendo este tipo de cosas. Así no puedo escribir la novela. Hay que olvidar todo. Algún día quizá se cree el vacío y entonces, sin saber cómo, empiezo a escribir y sale el libro de un tirón. Nunca puedo forzar la escritura porque no funciona. Hemingway le llamaba escribir bajo presión. Es decir, hay un flujo de escritura que en algún momento inesperado comienza a salir de adentro de ti. Es incontenible. Y sigue saliendo cada día como surge el petróleo de un pozo. Un flujo incesante, inexplicable. Se aprovecha y se escribe bajo presión. Hasta que un día cesa y el libro ya está terminado. Es así. No funciona de otro modo.

De nuevo suena el timbre del teléfono. Es Hugo:

—Pedro Juan, estoy con la americana y quiere hablar contigo. ¿Podemos ir ahora?

—Sí. Vengan.

La americana era una editora de New York. Preparaba un *coffee table book*. Yo no tenía idea de qué es un *coffee table book*. Me explicaron. Un libro grande con fotos y textos breves sobre un solo tema. Esos libros se colocan supuestamente sobre las mesitas de café, en la sala de la casa, o en la consulta de un médico, o en el despacho de un jefe. Algo así. Bien. Ok. Participaban fotografías y escritores cubanos solamente. Era un libro sobre La Habana. Hugo es un cubano que vive desde muy niño en EU. Y se dedica a la producción de proyectos culturales. Lo mismo produce un *coffee table*



La Habana

book, que un espectáculo musical, un documental, o un congreso sobre semiótica, lo que sea. Le mete el diente a lo que venga. Hay que buscarse la vida. La americana, muy atractiva: alta, delgada, tetas grandes, sonriente, rubia, muy ejecutiva. Me propuso una cifra tan baja que le dije, lo más grosero que pude:

—Yo por ese dinerito no escribo ni una palabra. No un párrafo. Ni una palabra.

—¿Cuánto cobras?

—Tanto.

—Sólo te pido una página.

—Sí, una página. Veinte líneas.

—Treinta líneas.

—Veinte.

Por ahí seguimos un poco más y llegamos a un acuerdo. Más o menos satisfactorio. Se generó un poquito de tensión. Hugo era el productor. Una de sus funciones consistía en mantener relajados a todos y muy en alto el *team spirit*.

—Bien, si ya están de acuerdo, podemos bajar y tomamos algo en esa terracita.

En el Malecón, en los bajos de casa, hay varias terracitas. Nos sentamos en una mesa. Botella de ron, hielo y cola. Teníamos sed. A los cinco minutos el alcohol ya hacía efecto. Relax. Sonrisas. La conversación fluyó. La americana olvidó el dinero, los negocios y los gastos de producción. Se relajó totalmente. Bebimos y nos reímos. Me pidieron que los acompañara a un par de visitas más durante la tarde. Nos fuimos. La primera fue al local de ensayo de “NG La Banda”. Hugo quería preparar un documental con El Tosco. Cuando llegamos ya habíamos terminado la primera botella de ron. El Tosco nos dijo:

—Allí hay una caja de Añejo 7 Años. Sírvanse.

Abrimos otra botella y seguimos. La orquesta, dirigida por El Tosco, ensayó una hora más. Nosotros bebíamos y mirábamos. Era un ensayo, pero sonaban con un *swing* increíble. La americana y yo nos fuimos al fondo del local y nos metimos mano. Estaba muy húmeda y con una ansiedad desesperante. Yo también. Nos secreteamos al oído todo tipo de cochinas. Es muy difícil. Si usaba el argot ella no entendía. Pero todo es posible. Se pueden decir cochinas usando sólo el español básico que usa la gente decente. Hugo nos interrumpió, delicadamente, sonriente:

—Hey, aquí no, por favor. Dejen eso para el hotel.

Hugo quería que yo hiciera la entrevista a El Tosco en un documental que él haría dentro de unos meses. Sacó una pequeña cámara de video y montamos como un ensayo espontáneo de lo que podía ser en el futuro la entrevista definitiva. La americana ya no se me despegaba y yo encantado. El alcohol trastorna las neuronas. Lo que iba a ser un ensayo sencillo se transformó en una entrevista muy espontánea, de dos horas. Hablamos de todo. Desde el espíritu de Benny Moré, que al parecer protege a algunos músicos cubanos, hasta las influencias del temperamento caribeño en las letras de las canciones de salsa, y unos veinte temas más. Hugo grabó y guardó aquello. Seguimos bebiendo y hablando con El Tosco, que es un tipo inteligente y agradable, hasta que al atardecer nos fuimos para una fiesta en casa de un fotógrafo. La americana y yo éramos inseparables. Nos besábamos sin parar. Era una casa pequeña y pintada con colores muy alegres. Música estridente y bastante gente atiborrada en poco espacio. El fotógrafo nos enseñó una carpeta con unas fotos hermosas y fuertes de La Habana. Pero la americana ya había perdido el tino



y no podía hablar de negocios. Elogiamos las fotos y todo quedó en el aire. Hacía unas ocho horas que bebíamos sin parar y apenas habíamos comido al mediodía un poquito de arroz frito. Así que ya el mundo me daba vueltas cuando empecé a bailar con la americana. Lo último que recuerdo fue su cara delante de mí y nosotros abrazados y besándonos. Apagón.

Al día siguiente desperté en mi cama. Vestido y con un dolor de cabeza terrible. Pero terrible. En el bolsillo derecho de mi pantalón había una tarjeta electrónica de las que se usan para abrir las puertas de las habitaciones en los hoteles, y una tira de cuatro preservativos. Me levanté como pude. Eran las doce del día. Tomé dos aspirinas y un vaso de agua. El mundo me daba vueltas. Y en eso llaman a la puerta. Era Hugo. Sonriente.

—¿Cómo te sientes?

—Muy mal.

—Bebiste mucho.

—¿Qué pasó?

—¿Cómo?

—No recuerdo nada. ¿Quién me trajo para la casa?

—Yo. ¿No te acuerdas? Estabas de lo más divertido haciendo como un orangután. Dando brincos.

—No me acuerdo.

—Imposible que no te acuerdes, Pedro Juan. Bailaste mucho. Nos divertimos y a las once de la noche te traje en un taxi. Busqué la llave en tu bolsillo, abrí y te acosté en tu cama. ¿No te acuerdas de todo eso?

—No me acuerdo. En absoluto. Tuve un apagón cuando empecé a bailar con la americana, por cierto. Creo que me puso esto en el bolsillo.

Le mostré la tarjeta y los condones.

—Sí. Ella está en el Hotel Nacional. Eh... se quedó con las ganas. Y ya regresamos esta tarde.

Hice café. Hablamos un poco más. Y nos despedimos. Me acosté de nuevo y tuve una pesadilla. Un enorme cocodrilo oscuro abre su boca y se traga a una mujer. Lentamente. Una hermosa mujer desnuda que no grita ni opone resistencia. Se deja tragar por el cocodrilo. Pacíficamente. Ella imperturbable, como si no pasara nada. Yo estoy allí mismo. El cocodrilo termina y se queda con la boca abierta frente a mí. De pronto me está tragando también a mí y siento cómo sus colmillos me aplastan el cráneo. Lo oigo. Escucho cómo mis huesos crujen. Despierto aterrado y gritando. Uf. ¡Por Dios! Estoy sudando y tiemblo de miedo. El dolor de cabeza y la resaca persisten. Tomo agua y un poco más de café. Salgo a la terraza. Sigue el viento incesante de estos días. No tengo nada que hacer. Nada en qué pensar. Abro el *Tao Te King*. Al azar como siempre. A veces me tranquiliza. Leo: “Cuando estén libres de deseos y sosegados el mundo estará en orden”. Uhm. Es imposible. Cierro

los ojos y pienso unos minutos sobre esta frase. No. Es imposible. Estoy sudando. Me doy una ducha. Bajo el chorro de agua fría, pienso en esa frase del *Tao Te King*. Me he acostumbrado a vivir en un riesgo constante; es decir, en una exploración continua de nuevos territorios. Riesgo=Exploración. Riesgo=Búsqueda. Riesgo=Descubrimientos. Riesgo=Novedad. Riesgo=Peligro. Es así. No sé vivir de otro modo. No me interesa vivir de otro modo. No puedo vivir de otro modo. Quiero vivir en esta vorágine diaria de riesgo-peligro-caos-desorden. De ahí surge toda mi poesía. De ahí surge toda mi capacidad de asombro. Juego como un niño. Así vivo. Jugando siempre. Mi vida es un juego eterno.

2

Una semana después me fui para Madrid. Estaría unos cuantos meses en Europa. A los pocos días la americana me llamó. Yo había olvidado completamente todo lo que habíamos hablado sobre el *coffee table book*. En cambio recordaba muy bien que habíamos dejado algo pendiente. Algo muy importante. Y suponía que hablaríamos de cómo vernos. Es decir, tenía la esperanza de concluir lo empezado. La modernidad y el vértigo siempre nos obligan a dejar cabos sueltos y a seguir navegando como sea. Siempre adelante. No me gusta. Intento implantar el *slow life* en mi vida. Quizá se imponía que ella viniera a Madrid. O yo volaría a New York. Pues no. Ella, muy pragmática, sin los rencores propios de los boleros mexicanos y de los tangos. Pero sin el más mínimo anhelo por recuperar lo que habíamos empezado en La Habana. Anglosajona pura y dura. Entró directo a la yugular:

—¿Ya tienes el texto?

—No. Ni me acordaba.

—¿Cómo es posible? Tenemos un acuerdo.

—Un acuerdo verbal.

—Es que necesito el texto ya. En una semana.

—No. Lo siento. Estoy en Madrid y hay mucho frío.

—¿Y eso qué significa?

—Que aquí no puedo escribir sobre La Habana.

—¿Es un chiste?

—No. Es en serio. No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—No sé. Porque no me sale.

—Entonces, no eres un profesional.

—Ehhh... bueno... sí... no me gusta eso.

—¿Qué no te gusta? No entiendo.

—No me gusta ser profesional.

—Oh... oh... ohh, no.

Me colgó. Yo me sonreí, aliviado. No he sabido nada más de ella. Ni del *coffee table book*. **U**